

LA ESCRITURA UN NUEVO DESAFÍO DE LA ESCUELA EN LA ERA DIGITAL

Aylén Dayana Potosí Domínguez¹
Código Orcid: 0009-0007-7733-4630

e-mail: aydadoo@gmail.com

Institución Educativa Rural José
Asunción Silva

Valle del Guamuez, Putumayo, Colombia

Horacio Belisario Tobar Portilla²
Código Orcid: 0000-1234-5678-1972

e-mail: belisarioportill@yaahoo.es

Institución Educativa San Pedro
Cumbitara, Nariño, Colombia

Recibido 15/04/2025

Aprobado 20/06/2025

RESUMEN

Este ensayo nos invita a reflexionar sobre cómo la escritura ha cambiado mucho en nuestro mundo, especialmente en el aula, a raíz de los avances tecnológicos. Nos muestra que los maestros debemos ir más allá de simplemente enseñar reglas y ortografía; ahora la misión es acompañar a los estudiantes en un proceso de aprendizaje que también incluye desarrollar su pensamiento crítico y su capacidad de reflexión. Las nuevas generaciones, como la Z, Alfa y Beta, nacieron en un entorno donde todo está en pantallas, donde escribir y comunicarse es algo natural, rápido y muchas veces informal. Estas formas distintas de escribir representan tanto un reto como una oportunidad para que la escuela les ayude a usar esa escritura de manera consciente, ética y responsable. La interacción en redes sociales y plataformas digitales ha transformado la escritura en una actividad más comunitaria, donde compartir ideas, construir diálogos y humanizar la comunicación son fundamentales. Al final, el texto nos recuerda que la escritura sigue siendo una herramienta poderosa para pensar, crear y transformar nuestro entorno, y que la educación debe adaptarse para formar ciudadanos críticos, reflexivos y capaces de dar sentido a su mundo a través del lenguaje, en un contexto que ya no es solo digital, sino profundamente humano.

Palabras clave: escritura, era digital y escuela.

¹ Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación.

² Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación.

WRITING A NEW CHALLENGE FOR SCHOOLS IN THE DIGITAL ERA

ABSTRACT

This essay invites us to reflect on how writing has changed significantly in our world, especially in the classroom, as a result of technological advances. It shows us that teachers must go beyond simply teaching rules and spelling; the mission now is to accompany students in a learning process that also includes developing their critical thinking and reflective skills. New generations, such as Generation Z, Alpha, and Beta, were born into an environment where everything is on screens, where writing and communicating are natural, quick, and often informal. These different forms of writing represent both a challenge and an opportunity for schools to help them use that writing consciously, ethically, and responsibly. Interaction on social media and digital platforms has transformed writing into a more communal activity, where sharing ideas, building dialogue, and humanizing communication are fundamental. In the end, the text reminds us that writing remains a powerful tool for thinking, creating and transforming our environment, and that education must adapt to form critical, reflective citizens capable of making sense of their world through language, in a context that is no longer just digital, but profoundly human.

Keywords: writing, digital age and school.

Vivimos en un tiempo donde escribir se ha vuelto una actividad cotidiana y constante. Nunca antes habíamos producido tantos textos, compartido tantas palabras ni interactuado con tantos lectores en tan poco tiempo. Desde un mensaje de WhatsApp hasta una publicación en redes sociales, la escritura está presente en casi todos los rincones de nuestra vida diaria. Así lo manifiesta Piscitelli, (2005)

En efecto, los educadores que están en contacto con chicos que hacen un uso intensivo de la mensajería instantánea y del e-mail están viendo emerger una nueva generación de escritores adolescentes que han multiplicado como nunca su potencia expresiva, estimulados por una tecnología que permite y da lugar a que gente de todas las edades escriba más que nunca. (p.175)

Pero esta abundancia de escritura no siempre va acompañada de profundidad, reflexión o conciencia del acto de escribir. Y es ahí donde la escuela enfrenta un reto fundamental: ¿cómo formar escritores críticos y competentes en medio de una cultura digital que privilegia la inmediatez y la brevedad?

En la era digital, los estudiantes no solo escriben para cumplir tareas escolares; también lo hacen para participar en conversaciones virtuales, expresar sus ideas públicamente o construir su identidad en línea. Este nuevo escenario ofrece oportunidades valiosas, pero también plantea desafíos importantes. La rapidez con la que se escribe, la informalidad de muchos entornos digitales y la escasa revisión de lo que se publica puede hacer que los procesos de escritura pierdan profundidad, coherencia y sentido crítico, como lo describe ampliamente Piscitelli (2005)

Es probable que los expertos en gramática se escandalicen por la forma en que los jóvenes mutilan el lenguaje, tachonándolo de apócope y apóstrofes... pero son cada vez más los maestros despiertos que imaginan que los niños tendrán un futuro lingüístico mucho más rico a partir de la práctica usual de la escritura en medios electrónicos. De hecho, lo que las críticas antitecnológicas ignoran es que el correo electrónico es una nueva oportunidad para que los jóvenes desarrollen algunas de las habilidades básicas para la escritura eficaz, en un mundo que las desprecia e ignora cada vez más. (p. 175)

En consecuencia, el papel de la escuela como formadora de escritores adquiere hoy una gran relevancia. Este ensayo se propone reflexionar sobre el lugar de la escritura en el contexto educativo actual, considerando cómo las transformaciones tecnológicas están cambiando nuestras formas de escribir y de enseñar a escribir. Más allá de ver la digitalización como una amenaza, es posible pensarla como una oportunidad: un espacio donde la escritura puede renovarse, volverse más significativa y conectar con la vida real de los estudiantes. Para ello, es necesario repensar nuestras prácticas pedagógicas, incorporar nuevas estrategias y, sobre todo, comprender que escribir en la era digital no es solo poner palabras en una pantalla, sino formar ciudadanos capaces de pensar, crear y transformar su mundo a través del lenguaje.

La forma en que escribimos ha cambiado profundamente de una generación a otra, reflejando no solo avances tecnológicos, sino también nuevas maneras de pensar y comunicarnos. La generación X, nacida entre 1965 y 1980, creció entre cuadernos de rayas, lápices de mina, máquinas de escribir y, más adelante, los primeros

computadores. Para ellos, aprender a escribir no era solo una exigencia escolar, era una forma de pensar el mundo, de poner en orden las ideas, de expresarse con profundidad.

Los docentes de ese tiempo eran más que transmisores de contenidos: eran guías pacientes que enseñaban paso a paso cómo construir un texto, cómo cuidar la ortografía, cómo encontrar las palabras justas. Su labor iba más allá de corregir errores; ayudaban a formar una actitud frente a la escritura, un respeto por el lenguaje y una disciplina que hoy parecería casi impensable en medio de la inmediatez digital. Cada redacción se escribía a mano, se revisaba, se borraba, se reescribía. Y ese proceso, aunque lento, dejaba una huella duradera. Además, muchos maestros fueron puentes entre dos mundos: el de la escritura tradicional y el naciente mundo digital. Supieron adaptarse, acompañar y mantener vivas las bases del buen escribir, incluso cuando las pantallas comenzaron a desplazar el papel. Su mayor enseñanza fue, quizás, mostrar que escribir no es solo cumplir con una tarea, sino una forma de construir pensamiento, de conocerse a uno mismo y de dejar una huella en los demás.

Luego vinieron los millennials o generación Y, formar en la escritura a la generación Y ha sido, sin duda, un reto lleno de matices para los maestros. Esta generación, nacida entre 1981 y 1996, creció entre cuadernos y teclados, entre libros impresos y pantallas digitales. Fueron testigos del auge de la televisión, del internet, del correo electrónico, de los blogs y las redes sociales. Para ellos, escribir dejó de ser una actividad únicamente académica y se convirtió en una práctica cotidiana, muchas veces fragmentaria e inmediata. En este escenario, el maestro asumió un papel clave: el de

mediador entre la tradición escrita y los nuevos lenguajes digitales. En este sentido, podemos traer al dialogo la reflexión de Giovanni Sartori (1998), en su obra *Homo videns*, donde explora cómo la sociedad actual está dominada por las imágenes y cómo esto afecta nuestra manera de entender el mundo y advierte que:

La imagen de un hombre sin trabajo no nos lleva a comprender en modo alguno la causa del desempleo y cómo resolverlo. De igual manera, el hecho de mostrar a un detenido que abandona la cárcel no nos explica la libertad, al igual que la figura de un pobre no nos explica la pobreza, ni la imagen de un enfermo nos hace entender qué es la enfermedad. Así pues, en síntesis, todo el saber del homo sapiens se desarrolla en la esfera de un mundus intelligibilis (de conceptos y de concepciones mentales) que no es en modo alguno el mundus sensibilis, el mundo percibido por nuestros sentidos. Y la cuestión es ésta: la televisión invierte la evolución de lo sensible en inteligible y lo convierte en el ictu oculi, en un regreso al puro y simple acto de ver. La televisión produce imágenes y anula los conceptos, y de este modo atrofia nuestra capacidad de abstracción y con ella toda nuestra capacidad de entender (p. 47)

La sobreabundancia de imágenes en los medios especialmente en la televisión y hoy, en mayor medida, en las redes sociales puede empobrecer nuestra manera de pensar. Vivimos en una cultura donde lo visual predomina: lo que no se muestra, no se cree; lo que no es espectacular, no se comparte. Sin embargo, como advierte el autor, la imagen no explica: apenas muestra. La comprensión profunda, la que conecta causas y consecuencias, la que permite análisis y juicio crítico, se encuentra en el terreno de los conceptos, no de las apariencias.

Este fenómeno nos enfrenta a un dilema educativo: si las nuevas generaciones crecen rodeadas de imágenes que no exigen reflexión, ¿cómo cultivamos en ellas el

pensamiento crítico y la capacidad de análisis abstracto? La escuela, entonces, debe funcionar como un contrapeso frente a esta cultura de la inmediatez visual. Debe enseñar a ver más allá de lo evidente, a no quedarse en la superficie, a construir sentido desde el pensamiento. Porque si nos conformamos con ver, corremos el riesgo de perder nuestra facultad más humana: la de pensar. Enseñar a leer y a escribir, a debatir y a comprender, no es solo una tarea escolar: es una apuesta por la profundidad en tiempos de superficialidad, por el concepto en medio de la imagen, por la razón en un mundo que muchas veces se conforma con el espectáculo.

En este contexto de transformación comunicativa, resulta pertinente la reflexión de Torosa (2008), quien señala:

Nuestra sociedad genera una inflación de imágenes por todos lados y a través de los chismes tecnológicos ya más cotidianos, ampliamente arraigados. La imagen es el lenguaje por excelencia de nuestra realidad, a ella rendimos culto y a ella nos doblegamos en cualquier circunstancia, del mismo modo que durante siglos la palabra (el logos) fue servidumbre de la cultura. En ella construimos nuestras vidas y a ella nos debemos cada vez que nos asomamos a los discursos: en el hogar, en lo televisivo, en el internet (ordenador e informática) en la telefonía móvil ya, en la ciudad, en las vallas publicitarias, en los cines en los, escaparates... Nuestro mundo ha sido embellecido por las imágenes y a ellas rendimos puntual pleitesía. (p.18)

Las palabras de Torosa nos invitan a detenernos un momento y mirar con más atención el mundo que habitamos. Hoy, más que nunca, vivimos rodeados de imágenes: en el celular, en la televisión, en la publicidad, en las redes sociales. Las imágenes no solo nos acompañan, sino que muchas veces nos guían, nos emocionan y hasta nos dicen qué pensar. Parece que hemos cambiado el acto de leer por el de mirar, y eso transforma

también la manera en que entendemos el mundo. Ya no basta con leer letras; ahora hay que aprender a leer imágenes, a preguntarse ¿qué hay detrás de ellas?, ¿qué nos quieren decir o vender?, frente a esta realidad, la escuela tiene una misión urgente. No se trata de rechazar las pantallas o satanizar la tecnología, sino de enseñar a usarla con sentido. Los niños, las niñas, adolescentes y jóvenes necesitan aprender no solo a escribir bien, sino a mirar con ojos críticos. A entender que detrás de una imagen bonita puede haber un mensaje poderoso e incluso destructivo. A distinguir entre lo real, de lo virtual.

Porque si no los ayudamos a desarrollar esa mirada consciente, seguirán rindiendo pleitesía a todo lo que ven, sin cuestionar, sin pensar, sin decidir por sí mismos. Esto no es una exageración: basta observar cómo muchos niños y jóvenes aceptan como verdad todo lo que circula en las redes sociales, sin contrastar fuentes, sin detenerse a analizar el contenido o las intenciones que hay detrás de una imagen, un video o una noticia. La educación no puede ser indiferente ante este fenómeno. De hecho, ahí radica uno de sus desafíos más urgentes: formar ciudadanos capaces de ver el mundo con ojos despiertos, de leer entre líneas, de hacerse preguntas, investigar, buscar respuestas y reflexiones. Si la escuela no enseña a mirar críticamente las imágenes que nos rodean, será el mercado quien lo haga; si no orientamos a los estudiantes en la interpretación de los discursos visuales, y llevarlos al texto serán los algoritmos quienes les digan qué pensar, qué consumir y que escribir.

Educar, entonces, ya no consiste solo en enseñar a leer textos escritos, sino también en enseñar a leer el mundo para volver a escribirlo, con sus símbolos y sus narrativas. Una

educación significativa es la que despierta conciencia, que invita a los estudiantes a levantar la mirada, a pensar por cuenta propia, a cuestionar lo que parece obvio. Porque solo así, al dejar de rendir culto ciego a lo visual, podemos formar sujetos libres, críticos y verdaderamente humanos.

Según Cassany (2006), “la escritura no es sólo un código ni una técnica, sino una actividad cultural compleja que implica decisiones constantes sobre qué decir, a quién, con qué propósito y de qué manera” (p. 34). Esta perspectiva invita a entender que enseñar a escribir no puede limitarse a reglas gramaticales, sino que exige formar sujetos críticos capaces de adaptarse a diversos contextos. Los maestros que educaron a los millennials debieron comprender esta complejidad, guiando a los estudiantes no solo en la corrección formal, sino en la reflexión sobre lo que escriben y para quién lo hacen. En este sentido Cassany (2008) manifiesta que:

El celular ha creado nuevos usos letrados, como informar del retraso en una cita en el momento oportuno, felicitar un cumpleaños o un fin de año, avisar en silencio cuando no se puede hablar, etc. Una llamada premeditadamente perdida (una pérdida) se convierte en un aviso oportuno. Los celulares permiten usar el texto escrito como si fuera un diálogo inmediato, en un contexto compartido.

Muchos adolescentes poseen notables capacidades para manejar un teclado minúsculo, sintetizar mensajes o crear significados oportunos, Lo hacen con rapidez y efectividad, desde los 12 o 13 años sino antes--; se entienden a la perfección-- aunque los adultos no lo creamos... incluso se ha difundido en la red y en varios periódicos algún diccionario de las abreviaturas más habituales, que coinciden en parte con las del cómic y el chat (p.22)

De manera asombrosa el celular ha cambiado la forma en que escribimos y nos comunicamos, sobre todo en el caso de los niños, adolescentes y jóvenes. Lejos de lo que a veces pensamos los adultos, los jóvenes no escriben menos, escriben más; pero, de otra manera. Con sus celulares en la mano, han aprendido a decir mucho en pocas palabras, a usar símbolos, abreviaturas y códigos que solo ellos manejan con naturalidad. Es impresionante cómo logran, en segundos, crear mensajes cargados de sentido, adaptados al ritmo acelerado de la vida digital. Como educadores, en lugar de mirar estas prácticas con desconfianza o rechazo, deberíamos reconocerlas como parte de los nuevos modos de ser y estar en el mundo.

Ya Cassany (2008) lo había manifestado con preocupación que los docentes vemos la nueva escritura como un problema que altera el texto. Nos centramos en los cambios en la manera de escribir y dejamos de lado lo que hay detrás: el deseo de comunicarse, de expresarse, de estar en el mundo. En lugar de verlas como una amenaza para la buena escritura, podríamos preguntarnos cómo acompañar a nuestros estudiantes para que esas nuevas maneras de escribir se enriquezcan y se conviertan en puentes hacia una comunicación más clara, más consciente y más humana. Culparlas de los errores ortográficos o de las dificultades expresivas es olvidar que nuestro papel es guiar, no juzgar. Porque, al final, se trata de acompañarlos para que sus palabras, así sean breves, tengan siempre un sentido verdadero y transformador.

Además, con la irrupción de las redes sociales y los entornos colaborativos, el maestro debió reconocer que la escritura ya no era exclusivamente solitaria. Esta

interacción redefine el propósito y la responsabilidad de escribir. Por ello, los docentes fueron llamados a guiar a los estudiantes en prácticas éticas de comunicación, a enseñarles a construir discursos que aporten valor, y no solo presencia digital, de acuerdo con lo expresado por Piscitelli (2005)

Las competencias de los jóvenes en estos temas son enormes, y los maestros necesitan de un entrenamiento intensivo, si no para adquirirlas y enseñarlas, al menos para comprenderlas y orientarlas. Al mismo tiempo, en lo que respecta al uso de los dos registros de lenguaje, un poco menos de constructivismo y un poco más de orientaciones explícitas serán bienvenidos si queremos aspirar a quedarnos con lo mejor del chat y lo mejor del correo electrónico. (p. 176)

La cita nos hace detenernos a pensar en algo que como maestros vemos cada día: los jóvenes se mueven como pez en el agua en el mundo digital. Manejan chats, redes sociales y correos con una habilidad que muchas veces nos sorprende e incluso nos dejan atrás. Pero esa facilidad con la tecnología no siempre significa que sepan usarla de la mejor manera. Ahí es donde los maestros tenemos un papel clave. No se trata de ser expertos en todas las herramientas ni de saber más que ellos, sino de estar ahí para acompañarlos, para entender lo que hacen y, sobre todo, para guiarlos en cómo usar esos lenguajes y códigos con sentido, con respeto y con intención.

Cuando nos habla de que hace falta un poco menos de constructivismo y un poco más de orientaciones explícitas, nos recuerda que no todo puede dejarse al ensayo error. Los chicos necesitan que les demos pautas claras, que les enseñemos cuándo un chat es suficiente y cuándo es mejor un correo, cuándo un mensaje rápido está bien y cuándo hace falta una comunicación más elaborada. Porque al final, lo que buscamos no es

frenar el mundo digital, sino ayudarles a que lo vivan con conciencia y a que aprovechen lo mejor de cada forma de comunicarse.

Por otra parte, Burin (2023) recuerda que “en la era digital, la escritura sigue siendo una herramienta para construir ciudadanía, siempre que esté guiada por una intención comunicativa clara y por la conciencia de su impacto” (p. 153). Esto refuerza la idea de que el maestro sigue teniendo un rol central: formar escritores que no solo sepan poner palabras en una pantalla, sino construir sentido, diálogo y transformación social desde sus textos.

Una generación que vivió el tránsito entre lo analógico y lo digital. Para ellos, escribir empezó a implicar no solo redactar tareas escolares, sino también enviar correos, participar en chats y foros virtuales. Los maestros seguían revisando y corrigiendo la escritura, pero a medida que los computadores llegan a las instituciones educativas, este rol se adapta a una escritura más rápida, más flexible y, en muchos casos, más espontánea. Después llegó la generación Z (1997 – 2010) o centennials, que creció ya en un mundo completamente conectado. Ellos escriben en pantallas desde pequeños, comparten sus pensamientos en redes sociales y usan textos breves, emojis y abreviaciones de palabras y frases para expresarse. Para esta generación, escribir es casi tan natural como hablar.

El rol del maestro en la generación Z va mucho más allá de transmitir conocimientos: implica comprender a una generación que ha crecido rodeada de pantallas, hiperconectada y habituada a la inmediatez. Los estudiantes de hoy no

conciben el aprendizaje sin tecnología, pero eso no significa que sepan usarla críticamente. Aquí, el docente se convierte en un guía que orienta, media y contextualiza el uso del conocimiento. Más que imponer contenidos, debe despertar preguntas, fomentar el pensamiento crítico y acompañar procesos de escritura y lectura que tengan sentido en la vida real del estudiante. El maestro de esta generación debe ser flexible, creativo y empático, capaz de integrar recursos digitales, pero sin perder el foco en el desarrollo de habilidades profundas: argumentar, escribir con intención, leer entre líneas, escuchar y dialogar. En una época donde la atención se dispersa fácilmente, su papel es más valioso que nunca: ayudar a construir sentido en medio del ruido, y formar ciudadanos capaces de escribir y leer el mundo con criterio propio.

Hoy vemos surgir a los niños de la generación Alfa (2011–2024), quienes han nacido directamente en un entorno digital. Son los primeros verdaderamente nativos digitales: aprenden a escribir tocando pantallas, dictando a sus dispositivos o viendo videos en lugar de leer libros impresos. Para ellos, la escritura no siempre sigue las reglas tradicionales, pero está viva, se adapta y circula por múltiples medios. Más recientemente se empieza a hablar de la generación Beta, los hijos de la generación Z, que crecerán en un mundo aún más tecnológico, donde la inteligencia artificial será parte del día a día y probablemente también del acto mismo de escribir. Ante esta evolución tan acelerada, la escuela tiene el enorme desafío de no quedarse atrás. Escribir sigue siendo una herramienta poderosa para pensar, para crear y para transformar, pero necesita ser repensada, enseñada y valorada desde una mirada más actual, más conectada con el mundo real de nuestros estudiantes.

Frente a las generaciones Alfa y Beta, el rol del maestro adquiere una dimensión aún más compleja y desafiante. Estas generaciones han nacido inmersas en un entorno digital desde sus primeros años de vida: interactúan con pantallas táctiles antes de aprender a escribir con lápiz, y conviven con asistentes virtuales, inteligencia artificial y contenido audiovisual constante. Por ello, el docente ya no puede limitarse a enseñar desde un enfoque tradicional. Su labor ahora requiere ser más estratégica y cercana, capaz de equilibrar la inteligencia artificial con la inteligencia humana. Debe formar en habilidades que trascienden lo técnico: la empatía, la comunicación asertiva, la autorregulación emocional y el pensamiento crítico. Además, debe enseñar a discriminar la información, a escribir con sentido, a leer con profundidad y a detenerse en un mundo que todo lo acelera. En este contexto, el maestro no es solo quien enseña, sino quien acompaña y da sentido a la experiencia educativa, guiando a niños y niñas en un proceso de descubrimiento en el que el lenguaje sigue siendo clave para comprender y transformar su realidad.

La forma en que escribimos y nos expresamos en la era digital ha cambiado profundamente, y es tarea de la escuela y de los maestros acompañar y guiar a los estudiantes en ese proceso. No basta solo con enseñarles a poner las palabras en la pantalla; ahora se trata de ayudarlos a pensar con profundidad, a ser responsables y críticos con lo que comunican. Los niños y jóvenes que nacieron rodeados de pantallas y tecnologías tienen maneras distintas de comunicarse, más rápidas y espontáneas, y eso exige que los docentes se reinventen. La escuela debe convertirse en un espacio

donde no solo se transmiten conocimientos, sino donde se cultiva la capacidad de construir sentido, de dialogar y de ser ciudadanos conscientes que usan la tecnología para crear, reflexionar y transformar su realidad.

En este momento, la escritura sigue siendo una herramienta poderosa para pensar y ser creativos, para dejar huellas y entender mejor el mundo. Es importante que en las aulas no nos enfoquemos solo en corregir errores o en cumplir con lo formal, sino que incentivemos a los estudiantes a expresar sus ideas con sentido, a cuestionar lo que leen y ven, y a participar activamente en su entorno. La tecnología no es una amenaza, sino una oportunidad para renovar nuestras formas de enseñar, para que los niños y jóvenes puedan entender las imágenes, los textos y los mensajes que los rodean, con una mirada crítica y reflexiva. Así, podremos formar personas más humanas, pensantes y capaces de crear un mundo mejor en medio de la sociedad digital en la que vivimos.

REFERENCIAS

- Burin, D. (2023). *Lectura y alfabetización digital. Desafíos en la sociedad de linformación*. Buenos Aires: Editorial Miño y Dávila.
- Cassany, D. (2004). *Explorando las necesidades actuales de comprensión. Aproximaciones a la comprensión crítica*. *Lectura y vida*, 25(2), 6-23
- Cassany, D. (2008). *Prácticas letradas contemporáneas*. México: Ríos de Tinta.
- Cassany, D. (2012). *En línea: Leer y escribir en la red*. Barcelona: Anagrama.
- Cassany, D. (2013). *La lectura en la era digital*. (pp. 49-66). México: Fondo de Cultura Económica.
- Parodi, G., Ibarra, A., González, E., & Venegas, R. (2020). *La comprensión de textos multimodales digitales: Desafíos para la escuela y la formación del lector crítico*. *Revista Signos*, 53(103), 773–797. <https://doi.org/10.4067/S0718-09342020000400773>
- Prensky, M. (2011). *Enseñar a nativos digitales. Partnering para un aprendizaje efectivo*. Barcelona: SM.
- Torosa, V. (2008). *Escrituras digitales, tecnologías de la creación en la era virtual*. Publicaciones Universidad de Alicante
- Sartory, G. (1998) *Homo videns la sociedad teledirigida*. España: Taurus.
- Piscitelli, A. (2005). *Internet, la imprenta del siglo XXI*. Barcelona: Gedisa